

hombres y caballos, y atropellándolos, dice un historiador, como si fueran un rebaño de ovejas (1). Estos recobrándose con gran dificultad del primer golpe trataron de ordenar sus filas y pelear con mas ventaja.

Pero Pizarro no pudo volver á ganar el terreno que habia perdido, y su caballería fue derrotada por todas partes. Hubo muchos muertos y heridos por ambos lados, y el campo quedó cubierto de cadáveres de hombres y caballos. La pérdida de los de Pizarro fue mucho mayor, y casi todos los que escaparon con vida se vieron obligados á rendirse prisioneros. Cepeda, que peleaba con la furia de la desesperacion, recibió un sablazo en la cara que le obligó á ceder el campo (2). Pizarro, despues de haber visto caer al lado suyo á sus mejores y mas valientes caballeros, se encontró rodeado de tres ó cuatro enemigos. Desembarazándose de ellos puso espuelas á su caballo, y el noble animal, aunque desangrándose por una grave herida en las ancas, dejó en breve atrás á todos sus perseguidores, excepto á uno que le detuvo cogiéndole por la brida. Mal lo hubiera pasado entonces Gonzalo si con una ligera hacha de combate, que llevaba colgada al lado, no hubiera dado tal golpe en la cabeza del caballo de su enemigo, que le hizo caer, y obligó al caballero á soltar la rienda del suyo. Entre tanto algunos arcabuceros, viendo el peligro de Pizarro, corrieron en su auxilio, mataron á los dos caballeros que habian quedado atrás y acababan de llegar sobre él, y obligaron á los demás á huir (3).

La derrota de la caballería fue completa, y Pizarro consideró la jornada como perdida al oír las trompetas del enemigo entonar el toque de victoria. Pero apenas se habia estinguido el eco de estos sonidos, tambien se oyeron en el campo opuesto. La infantería de Centeno habia sido derrotada, como hemos visto, y arrojada lejos del campo; su caballería del ala derecha habia cargado sobre la izquierda de Carbajal compuesta de alabarderos y arcabuceros entremezclados. Los caballos salieron á todo escape contra esta formidable falange; pero no pudieron romper aquella densa nube erizada de alabardas sostenidas por las fuertes manos de los soldados que firmes é impertérritos se mantenian en sus puestos, al mismo tiempo que los arcabuceros que formaban á su retaguardia molestaban al enemigo con un terrible fuego. Viendo la brecha impracticable la caballería rodeó en desorden los flancos de la falange y se unió á retaguardia de esta con el victorioso escuadron de Centeno. Reunidos ambos cuerpos intentaron una nueva carga contra la infantería de Carbajal; pero hizo dar media vuelta á su gente y ejecutada la maniobra con la prontitud y disciplina de soldados bien instruidos, la retaguardia quedó convertida en frente, oponiéndose á la carga el mismo bosque de alabardas, mientras el incesante fuego de los arcabucos castigaba la audacia de la caballería, la cual, cansada y completamente desanimada con el mal éxito de sus tentati-

(1) «Los de Diego Centeno, como yuan con la pujañca de vna carrera larga, llevaron á los de Gonçalo Pizarro de encuentro, y los tropellaron como si fueran ovejas, y cayeron cauallos y cauallos.» Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XIX.

(2) El sablazo que recibió Cepeda, le abrió de arriba abajo la nariz; y la cicatriz que luego le quedó era tan horrible, que hubo de cubrirla con un parche, segun nos dice Garcilasso, que le vió muchas veces en el Cuzco.

(3) Segun muchas autoridades, el caballo de Pizarro no solo quedó herido, sino muerto en el combate, supliendo esta falta su amigo Garcilasso de la Vega, que le hizo subir en el suyo. Este oportuno auxilio dado al rebelde perjudicó despues al generoso caballero, á quien sus enemigos se lo echaron en cara como un crimen. Su hijo, el historiador, niega decididamente el hecho, y parece deseoso de librar á su padre de esta honrosa imputacion, que perjudicó á ambos para sus ulteriores adelantos.

vas, imitó al fin el ejemplo de la infantería, y poseida de un terror pánico abandonó el campo.

Pizarro y unos cuantos caballeros que habian quedado hábiles siguieron el alcance hasta corta distancia, porque tampoco se hallaban en estado ni en número suficiente para continuar por mucho tiempo la persecucion. La victoria fue completa, y el gefe insurgente tomó posesion de las abandonadas tiendas del enemigo, donde halló un inmenso botin en plata (4), y las mesas dispuestas para la comida de las tropas de Centeno luego que volviesen de la batalla. ¡Tanta era la confianza que tenian en su triunfo! La comida sirvió ahora para los vencedores, que tales la suerte de la guerra. La accion fue en efecto decisiva, y Gonzalo Pizarro al recorrer el campo cubierto de cadáveres se santiguó muchas veces exclamando: «¡Jesus, Jesus, qué victoria!»

No menos de trescientos cincuenta de los de Centeno quedaron muertos, y el número de heridos fue mucho mayor, calculándose que mas de ciento de estos murieron por haber quedado aquella noche á la intemperie; pues aunque el clima en aquella elevada region es templado, los vientos de la noche que soplan de las montañas son frios y penetrantes, y muchos infelices heridos que bien cuidados podian haberse restablecido, amanecieron muertos de frio al dia siguiente. No alcanzó Pizarro esta victoria sin gran pérdida por su parte, pues quedaron en el campo mas de ciento de los suyos. Sus cadáveres estaban hacinados en la parte de terreno que habia ocupado la caballería, donde el combate fue mas encarnizado. En aquel estrecho espacio se encontraron tambien los cuerpos de mas de cien caballos, la mayor parte de los cuales, así como sus ginetes, muertos tambien, pertenecian al ejército vencedor. Esta fue la batalla mas cruel que habia ensangrentado hasta entonces el suelo del Perú (5).

La gloria de la jornada (triste gloria por cierto) corresponde casi enteramente á Carbajal y á su bizarra infantería. Las juiciosas disposiciones del veterano y la escelente disciplina é indomable valor de sus soldados recobraron el ascendiente en la batalla cuando esta estaba casi perdida por la caballería, y aseguraron la victoria.

Carbajal, infatigable siempre, siguió el alcance de los enemigos con la gente que estaba en disposicion de acompañarle, y los desgraciados fugitivos que cayeron en sus manos, muchos de los cuales habian sido traidores á la causa de Pizarro, fueron inmediatamente ejecutados. Así su crueldad con los indefensos prisioneros empañó los laureles ganados en el campo, combatiendo contra hombres valientes y armados como él. Centeno, mas afortunado, logró escaparse. Viendo perdida la batalla, salió de su litera, se arrojó sobre un caballo, y no obstante su enfermedad, aguijado por el temor de la triste suerte que le

(4) «El botin, segun Fernandez, no bajó de un millon cuatrocientos mil pesos. «El saco que vuo fue grande: que se dixo ser de mas de vn millon y quatrocientos mil pesos.» (Historia del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXIX.) El cálculo es muy exagerado: pero nos hemos ido familiarizando tanto con las doradas maravillas del Perú que, como el lector de las Mil y una Noches, nos hacemos demasiado crédulos para recurrir á la medida comun de las probabilidades.

(5) «La mas sangrienta batalla que vuo en el Perú.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXIX.—Las relaciones de esta batalla son, como de costumbre, discrepantes, y el historiador tiene que conciliar los extremos segun pueda. Pero en lo general hay conformidad en los puntos principales. Todos convienen en considerarla como la mas sangrienta que se ha dado entre españoles en el Perú, y en atribuir á Carbajal el mérito de la victoria. Ademas de Garcilasso y Fernandez, véanse: Pedro Pizarro (este se halló en la accion); Zárate, lib. VIII, cap. III.—Herrera, dec. VIII, libro, IV, cap. II.—Gomara, cap. CLXXXI.—Montesinos, Annales, año de 1547.

esperaba si caia prisionero, logró penetrar en la vecina sierra, donde burló la vigilancia de sus enemigos, y como un ciervo herido y seguido de cerca, se salvó internándose en las fragosidades de los bosques, hasta que por rodeos y casi milagrosamente pudo llegar á Lima. El obispo del Cuzco, que llegó tambien, aunque por distinta parte, no fue menos afortunado en salvarse de las manos de Carbajal, pues como habia sido antes partidario de Pizarro, á juzgar por el poco respeto que generalmente mostraba el veterano á los de su hábito, es probable que no hubiera tenido el menor escrúpulo en sentenciarle á horca como si hubiera sido el mas humilde de los soldados contrarios (1).

Al dia siguiente de la accion Gonzalo Pizarro hizo dar sepultura comun á los cuerpos de los soldados de su bando y del contrario, que aun yacian uno al lado de otro en el mismo sitio donde habian empeñado la mortal contienda. Los caballeros de distincion (porque la nobleza no debia ser olvidada en el sepulcro) fueron trasladados á la iglesia de Huarina, poblacion que dió su nombre á esta batalla, donde se les enteró con la solemnidad correspondiente; pero en tiempos posteriores sus restos fueron trasladados á la catedral de la Paz y colocados en un mausoleo erigido en aquel punto por medio de una suscripcion general; porque pocos eran los que no habian tenido que llorar la pérdida de algun amigo ó pariente en aquella fatal jornada.

El vencedor se aprovechó entonces de su triunfo para enviar destacamentos á Arequipa, La Plata y otras ciudades situadas en aquella parte del país, á fin de levantar fondos y tropas para continuar la guerra. Sus pérdidas quedaron superabundantemente compensadas con el número de los vencidos que se avinieron á servir bajo sus banderas. Despues, reuniendo sus fuerzas dirigió la marcha al Cuzco, cuya capital habia sido en otro tiempo muy adicta á su causa, aunque últimamente se habia manifestado leal á la corona, merced á los esfuerzos de unos pocos realistas.

Allí los habitantes se prepararon para recibirle en triunfo, levantando arcos en las calles y celebrando con músicas su victoria. Pero Pizarro, mas discreto, rehusó los honores de la ovacion, mientras el país estuviese en manos de sus enemigos, y enviando delante la mayor parte de sus tropas, entró en la ciudad á pie escoltado por un corto séquito de amigos y habitantes, y se dirigió á la catedral, donde se cantó un *Te Deum* en accion de gracias por su victoria. En seguida se retiró á su alojamiento anunciando su intencion de establecer por entonces sus reales en la venerable capital de los Incas (2).

Ya no volvió á pensar Pizarro en su proyecto de retirada á Chile, porque su reciente triunfo habia inflamado su pecho con nuevas esperanzas, y confiaba en que produciria igual efecto en el ánimo vacilante de aquellos cuya fidelidad era combatida por el temor de arruinarse y de que Pizarro no tuviese habilidad para vencer al presidente. Ya, segun él, podian haberse convencido los mas tímidos de que su estrella brillaba todavia esplendente. Así, sin recelar

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Fernandez, Hist. del Perú, ubi supra.—Zárate, lib. VII, cap. III. Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXI—XXII.

(2) Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXVII.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. III.

Garcilasso de la Vega, que entonces era un niño, presencié la entrada de Pizarro en el Cuzco. Escribe, pues, por lo que vió, aunque lo hace despues de un intervalo de muchos años. En atencion á la clase de su padre, tenia fácil la entrada en el palacio de Pizarro, y esta parte de su historia merece la consideracion debida no solamente á un contemporáneo, sino á un testigo ocular.

nada para lo futuro resolvió permanecer en el Cuzco y esperar tranquilamente á que una nueva y última batalla decidiese cuál de los dos debía ser dueño del Perú.

CAPITULO III.

Desaliento en el campo de Gasca.—Sus cuarteles de invierno.—Continúa su marcha.—Atraviesa el Apurímac.—Conducta de Pizarro en el Cuzco.—Acampa cerca de la ciudad.—Derrota de Xaquixaguana.

1547—1548.

MIENTRAS ocurrían los sucesos mencionados en el capítulo anterior habia permanecido Gasca en Xauxa esperando nuevas noticias de Centeno, casi seguro de que le participarian la total derrota de los rebeldes. Grande fue por tanto su desaliento al saber el éxito del fatal combate de Huarina y que los realistas se habian dispersado ante la espada de Pizarro, desapareciendo el comandante como una sombra y no sabiéndose absolutamente su paradero (3).

Esta noticia esparció entre los soldados una consternacion proporcionada á su primitiva confianza: ya creian que era temeridad inútil luchar con un hombre al parecer protegido por una especie de magia que le hacia invencible contra los mayores enemigos. El presidente, aunque era grande su desaliento, procuró ocultarlo con cuidado y reanimar el espíritu abatido de los suyos. Decia que por haberse fiado demasiado de sus fuerzas habia castigado el cielo su presuncion; pero que siempre sucedia que la Providencia, cuando determinaba abatir al criminal, le dejaba elevarse á la mayor altura posible para que su caída fuese despues mayor.

Mientras Gasca procuraba de este modo tranquilizar á los supersticiosos y á los tímidos, se aplicó con su acostumbrada energia á reparar los perjuicios que habia hecho á su causa la derrota de Huarina. Envió á Lima un destacamento á las órdenes de Alvarado, para recoger á los realistas que se habian refugiado allí despues de la batalla, sacar los cañones de los buques y trasladarlos al cuartel general. Otro cuerpo de tropas salió en direccion de Guamanga, á sesenta leguas del Cuzco con igual objeto de proteger á los fugitivos y tambien con el de evitar que los cañones del país suministrasen provisiones al ejército insurgente del Cuzco. Despues, como el número de sus tropas era considerablemente mayor que el que podia reunir su adversario, determinó Gasca levantar sin mas dilacion el campo y marchar sobre la capital de los Incas (4).

Saliendo, pues, de Xauxa el 29 de diciembre de 1547, pasó por Guamanga y despues de una marcha mas penosa que de ordinario por la inclemencia del tiempo y el mal estado de los caminos, entró en la provincia de Andaguayas. Era este un país fértil y hermoso y como siguiendo el camino adelante tendria que internarse en una fragosa sierra apenas practicable en tiempo de invierno, resolvió Gasca fijar allí sus reales hasta que mejorase el tiempo; y habiendo caido en-

(3) «Y salió á la ciudad de los Reyes, sin que Carbajal ni alguno de los suyos supiese por donde fué, sino que pareció encantamiento.» Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, capitulo XXII.

(4) Gasca, segun Ordegado, sostuvo su ejército durante su permanencia en Xauxa, con los depósitos de grano que habia en el valle, donde encontró maiz suficiente para el consumo de muchos años. No deja de ser extraño que estos depósitos hubiesen sido por tanto tiempo respetados por los hambrientos conquistadores. «Cuando el señor Presidente Gasca, assó con la gente de castigo de Gonzalo Pizarro por el valle de Jauja, estuvo allí siete semanas, á lo que me acuerdo, y se hallaron en depósito maiz de cuatro y de tres y de dos años mas de 15,000 hanegas junto al camino é allí comió la gente.» Ordegado, Rel. seg., MS.

fermos muchos soldados á consecuencia de las continuas lluvias, estableció un hospital de campaña y visitó con su acostumbrada bondad á los enfermos, remediando sus necesidades y ganando sus corazones con la simpatía que les mostraba (1).

Entre tanto las tropas reales se aumentaban con la llegada continua de refuerzos, porque no obstante la sensación que había producido en todo el país la primera noticia de la victoria de Pizarro, un poco de reflexión convenció al pueblo de que la causa realista era la más fuerte y debía prevalecer al fin. Con estos refuerzos llegaron también varios de los más distinguidos capitanes del país. Centeno, restablecido ya de su enfermedad y ardiendo en deseos de vengar su última derrota, se unió al presidente con los soldados que había reunido en Lima. Benalcázar, el conquistador de Quito, que como el lector recordará había sido vencido con Blasco Núñez en el Norte, llegó con otro destacamento y poco después le siguió Valdivia, el famoso conquistador de Chile, que habiendo vuelto al Perú á reclutar gente para su expedición y sabiendo el estado del país, se había adherido sin vacilar al partido del presidente, no obstante que iba á combatir á su antiguo amigo y compañero Gonzalo Pizarro. La llegada de este último aliado causó general regocijo en el campo, porque Valdivia, maestro en las guerras de Italia, era tenido por el mejor soldado del Perú; y Gasca le cumplimentó diciendo que más estimaba su persona que un refuerzo de ochocientos hombres (2).

Además de estos auxiliares guerreros acompañaba al presidente una comitiva de eclesiásticos y empleados civiles tal como pocas veces se había visto en los marciales campos del Perú. Entre ellos se hallaban los obispos del Cuzco, Quito y Lima, los cuatro gefes de la nueva audiencia y un considerable número de clérigos y frailes misioneros (3), los cuales, aunque sirviesen de poco para reforzar el ejército en una batalla, daban con su presencia á la causa que defendían cierta autoridad y cierto carácter sagrado que producían sus efectos en el ánimo de las tropas.

Los rigores del invierno comenzaron entonces á ceder ante la suave influencia de la primavera, que se adelanta mucho en aquellas regiones tropicales, solo por su elevación templada. Gasca, después de tres meses de detención en Andaguayas, preparó su gente para la marcha definitiva sobre el Cuzco (4). El número de sus tropas apenas bajaba de dos mil hombres, siendo la mayor fuerza europea que hasta entonces se había reunido en el Perú. Cerca de la mitad de ellos llevaban armas de fuego; y la infantería era más útil que la caballería en los países montañosos que iban á atravesar. Pero la caballería era también numerosa, y la artillería se componía de once cañones de grueso calibre. Las tropas iban bien equipadas y disciplinadas, bien provistas de armas y municiones y mandadas por oficiales á cuyos nombres estaba unido el recuerdo de las hazañas más memorables ejecutadas en el Nuevo Mundo. En suma, todos los que se tomaban algún interés por el bienestar del país militaban bajo las banderas del presidente, formando un contraste notable con los turbulentos aventureros que servían en las filas de Pizarro.

(1) Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. IV.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXXII—LXXXV.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Cieza de Leon, cap. XC.

(2) A lo menos así lo asegura Valdivia en su carta al emperador. «Y dixo de público que estimara más mi persona que á los mejores ochocientos hombres de guerra que le pudieran venir aquella hora.» Carta de Valdivia, MS.

(3) Zárate, MS.

(4) Cieza de Leon, Crónica, cap. XC.—El antiguo cronista, ó más bien geógrafo, Cieza de Leon, se halló en esta campaña, según nos dice; así su testimonio, siempre bueno,

Gasca, que no ostentaba más conocimiento en asuntos militares del que realmente poseía, dió el mando de sus fuerzas á Hinojosa y nombró segundo al mariscal Alvarado. Valdivia, que llegó después de adoptadas estas disposiciones, aceptó un mando de coronel, con la condición de ser consultado y empleado en todos los casos de entidad (5). Arreglado ya todo, el presidente levantó el campo en marzo de 1548 y tomó la vuelta del Cuzco.

El primer obstáculo que encontró en el camino fue el río Abancay, cuyo puente había sido cortado por el enemigo; mas como no había fuerza que le molestase en la opuesta orilla, el ejército no tardó en preparar un nuevo puente y en cruzar el río que por aquella parte presentaba un aspecto nada formidable. El camino se internaba después en una región montañosa, en que los bosques precipicios y barrancos se mezclaban confusamente con alguno que otro valle retirado, cuya verde alfombra resplandecía como una isla fértil y hermosa entre las agitadas olas del borascoso Océano. Las atrevidas crestas de los Andes, elevándose hasta esconderse en las nubes, estaban cubiertas de nieve, que bajando por los lados de la montaña daba á los vientos que soplaban en su superficie una frialdad tan penetrante, que entumecía los miembros de hombres y caballos. Los caminos en aquellas regiones eran por algunas partes tan estrechos y estaban tan cortados por barrancos que á veces casi no podía pasar por ellos la caballería. Los ginetes se vieron obligados á apearse y el presidente con todos los demás continuaron el camino á pie: camino tan peligroso que aun en tiempos posteriores no ha sido cosa rara ver á una mula, á pesar de la seguridad de sus pies, caer precipitada con su carga de plata en algún abismo de centenares de varas de profundidad (6).

Estos obstáculos retardaron la marcha de tal modo, que las tropas rara vez caminaron más de dos leguas al día (7). Por fortuna la distancia que tenían que recorrer no era grande y mas recelo que este camino infundía al presidente el paso del Apurimac, al cual se iban acercando. Este río, uno de los más formidables tributarios del de las Amazonas, precipita su ancha corriente entre las gargantas de las cordilleras que se elevan á uno y otro lado como inmensas murallas de roca, presentando una barrera natural, fácil de defender contra fuerzas muy superiores. Gasca antes de su partida de Andaguayas supo que Pizarro había destruido todos los puentes sobre este río. Envió, pues, exploradores á sus márgenes, á fin de elegir el sitio más á propósito para restablecer las comunicaciones con la opuesta orilla.

Escogióse un punto cerca de la aldea india de Cotapampa, á unas nueve leguas del Cuzco; porque el río, aunque rápido y turbulento, por estar comprimido en aquella parte dentro de mas estrechos límites, no tenía menos de doscientos pasos de anchura, lo cual era una distancia bastante considerable. Diéronse órdenes para reunirse en las inmediaciones la mayor

de mas valor que el ordinario para los acontecimientos subsiguientes.

(5) Valdivia dice que se le confió el mando de todo el ejército. «Luego me dió él la autoridad toda que traía de parte de V. M. para en los casos tocantes á la guerra, i me encargó todo el ejército, i le puso bajo de mi mano rogando i pidiendo por merced de su parte á todos aquellos caballeros, capitanes é gente de guerra, i de la de V. M. mandándoles me obedesciesen en todo lo que les mandare acerca de la guerra, i cumpliesen mis mandamientos como los suyos.» (Carta de Valdivia, MS.) Pero otras autoridades aseguran con mas probabilidad lo que va referido en el texto. Debe confesarse que Valdivia nada deja de decir por modestia: toda su carta está escrita en un tono de jactancia que sería extraño aun en el mas vanidoso hidalgo de Castilla.

(6) Cieza de Leon, Crónica, cap. XCI.

(7) MS. de Caravantes.

cantidad de materiales tan pronto como fuese posible, y al mismo tiempo para distraer al enemigo y obligarle á dividir sus fuerzas en caso de que intentara hacer resistencia, se mandaron reunir también, aunque en porciones más pequeñas, materiales de la misma clase, en otros tres puntos inmediatos al río. El oficial destacado en Cotapampa tenía instrucciones para no empezar la construcción del puente hasta que llegase la fuerza suficiente para acelerar la obra y asegurar su buen éxito.

Tratábase de construir uno de esos puentes de suspensión que, como el lector recordará, usaban antiguamente los Incas, y que se usan todavía para atravesar los profundos y turbulentos ríos de la América del Sur. Hácense de mimbres unidos y retorcidos hasta formar enormes cables que se atan á uno y otro lado del río á grandes postes de piedra, ó donde es posible á la roca natural. Sobre estos cables se colocan transversalmente varias tablas, y así queda hecho un puente que, aunque ligero y frágil en apariencia por estar suspendido á veces á muchos cientos de pies sobre el abismo, proporciona un paso bastante seguro á los hombres y aun á la artillería (1).

No obstante las órdenes perentorias de Gasca, el oficial encargado de reunir materiales para la construcción del puente, deseoso de llevarse el honor de completar él solo la obra, la comenzó desde luego. Disgustado el presidente, hubo de apresurar su marcha para proteger la construcción con todas sus fuerzas; pero mientras estaba empeñado en aquel laberinto de montes, le llegó la noticia de que una partida enemiga había destruido la parte de puente ya hecho, cortando los cables de la opuesta orilla. A consecuencia de esta noticia se adelantó Valdivia con doscientos arcabuceros, mientras el cuerpo principal del ejército le seguía con toda la celeridad posible.

Al llegar Valdivia al río, vió que la interrupción había sido causada por unos veinte soldados de Pizarro auxiliados por un numeroso cuerpo de indios. Proveyóse, pues, de balsas, ó barcas chatas del país, y por este medio pasó con su gente al otro lado sin oposición. El enemigo, desconcertado con la llegada de semejante fuerza, se retiró á toda prisa al Cuzco para dar la noticia á Gonzalo Pizarro. Entre tanto Valdivia conociendo la importancia de cada momento en semejante crisis, aceleró la obra con el mayor vigor. Toda la noche continuaron la tarea sus cansadas tropas, y ya estaba muy adelantada cuando el presidente con sus batallones, saliendo de los desfiladeros de la montaña, se presentó al salir el sol, en la orilla opuesta.

Dióse poco tiempo de descanso, porque todos conocían que el éxito de la empresa dependía principalmente del corto intervalo que les daba su descuidado enemigo. El presidente y los principales caballeros tomaron parte en los trabajos como simples soldados (2); y antes de las diez de la noche tuvo Gasca la satisfacción de ver el puente tan bien asegurado, que las primeras filas del ejército, desembarazadas de los bagajes, podían arriesgarse á cruzarlo. Poco tiempo bastó para que pasasen varios centenares de hombres á la otra orilla. Pero allí se presentó á las tropas una nueva dificultad no menos formidable que la del río. Desde la margen de este se elevaba el terreno casi en línea perpendicular hasta llegar por al-

(1) Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, capítulo LXXXVI—LXXXVII.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. V.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—MS. de Caravantes.—Carta de Valdivia, MS.—Relacion del Lic. Gasca, MS.

(2) «La gente que estava de la vna parte y de la otra todas tirauan y trabajauan al poner y apretar de las criznejas. sin que el presidente ni obispos, ni otra persona quiesiese tener privilegio para dexar de trabajar.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXXVII.

gunas partes á una altura de muchos miles de pies. Esta cuesta, aunque no toda, era preciso subirla. Las dificultades del terreno, cortado por horribles barrancos é interceptado por maleza, se aumentaban extraordinariamente con la oscuridad de la noche, y los soldados, al emprender lentamente la subida, temían á cada paso dar en una emboscada, para las cuales el terreno era tan favorable. Mas de una vez la falsa noticia de que el enemigo estaba encima les llenó de terror pánico. Pero Hinojosa y Valdivia estaban allí para restablecer el orden en las filas y animar á su gente, hasta que al fin, antes de rayar el día, los osados caballeros y sus tropas llegaron á la cima por donde atravesaba el camino y esperaron allí al presidente. No tardó este mucho, y en la mañana del siguiente día los realistas se hallaron en número suficiente para desafiar á sus enemigos.

Efectuóse el paso del río con menos pérdida de la que podía esperarse, atendidas la oscuridad de la noche y la mucha gente que cargó sobre el puente colgante. Algunos, sin embargo, cayeron al agua y se ahogaron, y mas de sesenta caballos al pasar á nado fueron arrebatados por la corriente y estrellados contra las rocas (3). Todavía se necesitaba dar tiempo á que pasasen el tren de artillería y los carros; y el presidente acampó en la fuerte posición que ocupaba para aguardar su llegada y dar á las tropas el descanso de que tanto habían menester después de sus extraordinarias fatigas. En este punto le dejaremos para informar al lector del estado de las cosas en el ejército insurgente y de la causa de su extraña negligencia en guardar los desfiladeros del Apurimac (4).

Desde que Pizarro ocupó el Cuzco, había vivido entre los placeres en medio de sus compañeros y sin cuidarse de nada, como soldado de fortuna en los tiempos de prosperidad, gozando de lo presente y mirando tan poco al porvenir como si la corona del Perú estuviera ya irrevocablemente fija en sus sienes. Carbajal se conducía de otro modo. Consideraba la victoria de Huarina como el principio, no como el fin de la lucha en que se disputaba el imperio peruano, y con actividad infatigable se ocupaba en mejorar cada día mas la condición de sus tropas para conservar sus ventajas. Al romper el alba se le veía montado en su mula, con el traje y apariencia de un simple soldado, recorrer los diferentes barrios de la capital, ya inspeccionando la fábrica de armas, ya visitando los almacenes militares, ya haciendo maniobrar su gente, porque era siempre muy solícito en mantener la más estricta disciplina (5). Su espíritu incansable parecía no encontrar placer sino en la acción incesante; viviendo, como había vivido siempre, en el torbellino de aventuras militares, no tenía afición á nada que no fuese útil para la guerra, y en una ciudad solo veía los elementos para un campo militar bien organizado.

(3) «Aquel día pasaron mas de quatrocientos hombres, llevando los caballos á nado, encima de ellos atadas sus armas i arcabuces, i así se perdieron mas de sesenta caballos, que con la corriente grande se desataron, i luego daban en vnas peñas, donde se hacían pedaços, sin darles lugar el impetu del río á que pudiesen nadar.» Zárate, Conq. del Perú, libro VII, cap. V.—Gomara, Historia de las Indias, capítulo CLXXXIV.

(4) Ibid., ubi supra.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXXVII.—Zárate, Conq. del Perú, libro VII, cap. V.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—MS. de Caravantes.—Carta de Valdivia, MS.—Cieza de Leon, Crónica, capítulo CXI.—Relacion del Lic. Gasca, MS.

(5) «Andava siempre en una mula crescida de color entre pardo y bermejo, yo no le vi en otra caualgadura en todo el tiempo que estuuo en el Cozco antes de la batalla de Sacahuana. Era tan continuo y diligente en solicitar lo que á su ejército conuenia, que á todas horas del día y de la noche le topauan sus soldados haciendo su oficio y los agenos.» Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. XXVII.

Con tales sentimientos, era natural que le disgustase la conducta de su jefe, el cual le declaró su intención de permanecer en el Cuzco, y cuando el enemigo se adelantase presentarle la batalla. Carbajal le dió un consejo muy diferente. No tenía plena confianza en la lealtad de los partidarios de Pizarro, y menos en la de los que antes habían seguido la bandera de Centeno. Estos, que eran unos trescientos, se habían visto en cierto modo compelidos á alistarse en las filas de Pizarro y no manifestaban gran entusiasmo por su causa. El veterano instó á su jefe para que los enviase á todos á sus casas, diciendo que era mucho mejor presentarse en batalla con un puñado de fieles soldados que con una hueste numerosa de falsos amigos y tímidos corazones.

Creía además Carbajal que Pizarro no tenía suficientes fuerzas para presentar batalla á su rival, apoyado como estaba este por los mejores capitanes del Perú, y le aconsejó por tanto, que abandonase el Cuzco llevándose consigo los tesoros, provisiones y víveres de toda especie que en cualquier modo pudiesen servir para las necesidades del ejército realista, cuyos soldados, encontrando á su llegada un país pobre y exhausto, en vez del rico botín que se prometían, se disgustarían del servicio. Pizarro, entre tanto, podría refugiarse con su gente en las montañas inmediatas, donde, conociendo como conocía el terreno, le sería fácil burlar la persecución del enemigo; y si este perseveraba en ella, disminuido con la desercion el número de sus soldados, podría hallarse oportunidad de acometerle con ventaja en los desfiladeros. Tal fue el prudente consejo del anciano guerrero; pero no agradó á su orgulloso jefe, el cual, antes que volver la espalda á su enemigo, prefería correr el riesgo de un desigual combate.

Ni se mostró Pizarro mas favorable á una proposición que se dice le hizo Cepeda para que se aprovechase de su último triunfo á fin de entrar en negociaciones con Gasca. Semejante consejo en un hombre que poco antes había deshechado todas las proposiciones del presidente, solo podia proceder de la convicción de que la reciente victoria ponía á Pizarro en un terreno mas ventajoso para alcanzar condiciones mejores que las que le habían sido ofrecidas. Acaso también la esperiencia le había hecho desconfiar de la fidelidad de los soldados de Pizarro, ó de la capacidad de este para sacarlos á salvo en aquella crisis. Pero cualesquiera que fuesen los motivos que impulsaran al solapado consejero, Pizarro no hizo caso del consejo, y aun se mostró resentido cuando Cepeda le instó de nuevo sobre el asunto. De todas las luchas, ya con indios, ya con europeos, por muchos que hubiesen sido los obstáculos, había salido siempre victorioso. No debía, pues, desanimarse por primera vez; y resolvió permanecer en el Cuzco y arriesgar el éxito de una batalla. Había en el peligro algo que cautivaba su ánimo atrevido y caballeresco. En esta opinion le confirmaron también algunos de los caballeros que habían seguido su suerte hasta entonces, jóvenes y turbulentos aventureros que, como él, preferían arriesgarlo todo solo á un golpe de dados, á seguir la prudente, y segun decían ellos, tímida política de consejeros mas graves. Tales eran los consejos que iban á determinar la futura conducta de Pizarro (1).

En esta situacion llegó al Cuzco la noticia de que un destacamento del enemigo había pasado el Apurímac y se ocupaba en restablecer el puente. Carbajal opinó desde luego que era absolutamente necesario

(1) Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXVII.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXXII.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXXVIII.

«Finalmente Gonzalo Pizarro dijo que quería prouar su ventura; pues siempre auia sido vencedor y jamas vencido.» Ibid., ubi supra.

defender el paso del río. «Eso corre de mi cuenta, dijo, y pido ser empleado en este servicio. Denme cien hombres escogidos, y yo me obligo á defender el paso contra un ejército, y á traer al capellan (nombre que se daba al presidente en el campo rebelde) prisionero al Cuzco (2).» «No quiero separaros, padre, contestó Gonzalo dirigiéndose á Carbajal con este afectuoso epíteto que le daba comunmente (3), no quiero separaros tan lejos de mi persona;» y dió la comision á Juan de Acosta, jóven caballero que le era muy adicto, y había dado manifiestas pruebas de valor en mas de una ocasion, pero que, como se vió despues, carecia absolutamente de las cualidades necesarias para llevar á cabo una empresa de tanta importancia. Este reunió doscientos arcabuceros montados, y despues de haber recibido muchos y muy sanos consejos de Carbajal, salió para su expedicion.

Pero en breve olvidó las instrucciones del veterano, y tardó tanto en vencer las dificultades del camino, que á pesar de no haber sino nueve leguas de distancia, encontró á su llegada construido el puente y establecida ya al otro lado una fuerza enemiga tan numerosa que no creyó prudente atacarla. proyectó una emboscada de noche; pero su designio fue descubierto por un desertor, y se contentó con retirarse á distancia segura y enviar por refuerzos al Cuzco. Trescientos hombres fueron inmediatamente destacados en su auxilio; pero cuando llegaron, ya el enemigo había tomado posesion con bastante fuerza de la cresta de la eminencia. Se había perdido la ocasion, y el desconsolado caballero hubo de volverse á toda prisa al Cuzco, donde dió cuenta á su jefe del mal resultado de la empresa (4).

La única cuestion que había ya que decidir era la relativa al sitio donde Gonzalo Pizarro debería presentar la batalla. Determinó abandonar la capital y esperar á sus contrarios en el vecino valle de Xaquixaguana, situado á cinco leguas de distancia, y en el cual, como el lector recordará, Francisco Pizarro, en su primera ocupacion del Cuzco, hizo quemar al general peruano Challechima. Este valle, rodeado por la elevada muralla de los Andes, estaba en su mayor parte cubierto de hermoso verdor que presentaba muchos puntos de vista pintorescos; y por lo templado y benigno de su clima había sido residencia favorita de los nobles indios, muchas de cuyas quintas cubrían todavía las laderas de los montes. De uno de estos salía un río, ó mas bien arroyo, no muy ancho, y el terreno inmediato á sus márgenes estaba tan húmedo y cenagosos que parecía un pantano.

Allí llegó el jefe rebelde despues de una incómoda marcha por caminos difíciles de atravesar para los carros y cañones. Sus fuerzas ascendían á nueve-

(2) «Paresceme vuestra señoría se vaya á la vuelta de collao y me deje cien hombres, los que yo escogiere, que yo me iré á vista desde capellan, que así llamaba él al presidente.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(3) Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXXI.

(4) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXXVIII.—Zarate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. V.—Carta de Valdivia, MS.

La carta de Valdivia al emperador, fechada en la Concepcion, fue escrita dos años despues de los sucesos arriba referidos. Se reduce principalmente á dar cuenta de sus conquistas en Chile; y su campaña á las órdenes de Gasca en su visita al Perú forma solo una especie de brillante episodio. La copia que yo poseo de esta carta, cuyo original existe en el archivo de Simancas, tiene unas sesenta páginas en folio. Este es uno de esos documentos históricos de la clase de comunicaciones y correspondencia de los gobernadores coloniales, que por lo minucioso de sus detalles y lo bien informado de sus autores son del mayor valor. Los despachos dirigidos á la corte particularmente, pueden compararse con las célebres *Relazioni* que hacían los embajadores venecianos á su república, y que por fortuna se están publicando ahora en Florencia bajo los auspicios del ilustrado editor Alberi.

cientos hombres con unas seis piezas de artillería. Era este un buen cuerpo de ejército y muy disciplinado, pues había tenido la mejor escuela que podia hallarse en el Perú. Pero era desgracia de Pizarro que su ejército se compusiese, en parte á lo menos, de hombres en cuya adhesion no podia tener confianza, y ni el valor ni la pericia del jefe podían suplir esta falta.

Al entrar en el valle, eligió Pizarro la parte oriental de él, hacía el Cuzco, como el mejor sitio para establecer su campamento. Atravesaba esta parte el riachuelo arriba mencionado; y Pizarro situó su ejército de manera que uno de los extremos del campo se apoyaba sobre la barrera natural formada por las rocas de la montaña, que en aquel punto se elevaban casi perpendicularmente, y el otro estaba protegido por el río. Así, al paso que apenas era posible acometerle por los flancos, estos obstáculos naturales estrechaban tanto el frente, que no hubiera sido fácil en aquella direccion derrotarle por muy superior que fuese el número de sus enemigos. A retaguardia quedaban abiertas las comunicaciones con el Cuzco por cuyo medio se obtenían provisiones con facilidad. Seguro en esta fuerte posicion, resolvió Pizarro aguardar pacientemente el ataque (1).

Entre tanto el ejército real había subido las cuestas de las cordilleras, y al final del tercer día el presidente había tenido la satisfaccion de verse rodeado de todas sus fuerzas incluso sus cañones y bagajes. Luego que dió el descanso suficiente á las tropas, continuó su camino, y el ejército todo se adelantó con la confianza de acabar pronto con el tirano, que llamaban así á Pizarro. La marcha fue lenta al principio porque el terreno era igualmente dificultoso: sin embargo, no tardó el presidente en saber que su contrario había escogido posicion en el inmediato valle de Xaquixaguana. Poco despues dos frailes enviados por Gonzalo se presentaron en el ejército real con el designio aparente de examinar los poderes que la corona había dado á Gasca. Pero habiendo dado su conducta motivos para sospechar que fuesen espías, se les arrestó y no se les permitió volver al campo de Pizarro. No obstante Gasca despachó un emisario al jefe rebelde, prometiéndole de nuevo el perdón en caso de que depusiera las armas y se sometiera. Semejante acto de generosidad en aquella ocasion y cuando debia creer, como creía probablemente, que la victoria era suya, hace mucho honor á Gasca; y es lástima que el hecho no tenga en su apoyo la mejor autoridad (2).

Despues de un par de días de marcha la vanguardia de los realistas se encontró de repente con las avanzadas de los rebeldes, cuya vista había impedido hasta entonces una espesa niebla; y se trabó entre ambas partes una lijera escaramuza. Al fin en la mañana del 8 de abril, el ejército real al llegar á la cresta de la elevada cadena que circunda el delicioso valle de Xaquixaguana, diviso mas abajo y en el lado opuesto las brillantes filas enemigas, con sus blancos pabellones, que parecían bandadas de aves silvestres anidando entre las rocas de la montaña. Mas lejos vieron una numerosa hueste de guerreros indios con sus trajes de mil colores; porque los indios en esta

(1) Carta de Valdivia, MS.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXXIII—XXXIV.—Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conq., MS.—Gomara, Hist. de las Indias, capítulo CLXXXV.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, libro II, cap. LXXXVIII.

(2) Nada dicen acerca de él los escritores que se hallaron presentes. Solo se encuentran con alguna variacion en los pormenores, en Zárate (lib. VII, cap. VI) y en Gomara (capítulo CLXXXV): sin embargo, muchos podrán creer que el testimonio positivo de estos dos autores pesa mas que el negativo que presentan con su silencio los restantes contemporáneos.

parte del país, desconociendo sus intereses, se manifestaban muy favorables á la causa de Pizarro.

El ejército real avivando el paso se apresuró á bajar por las vertientes de la sierra; y no obstante los esfuerzos de sus oficiales se adelantó tan en desorden, escogiendo cada soldado el camino que mejor le parecia, que sus columnas dispersas presentaron mas de un punto vulnerable al enemigo, y no se hubiera efectuado la bajada sin pérdida considerable, si la artillería de Pizarro hubiese estado situada en alguna de las favorables posiciones que ofrecía el terreno. Pero Pizarro lejos de hacer tentativa alguna para impedir que se acercase el presidente, se obstinó en permanecer en la fuerte posicion que ocupaba, confiando en que sus enemigos no vacilarían en asaltarla de la misma manera que lo habían hecho en Huarina (3).

Sin embargo, no se descuidó en destacar un cuerpo de arcabuceros para tomar un cerro inmediato que en poder del enemigo podia causar alguna molestia á su campo, al paso que en el suyo dominaria mas inmediatamente el terreno que iba á ocupar el ejército realista. Pero, advirtiendo Hinojosa esta maniobra, envió un fuerte destacamento de arcabuceros reales que rechazaron á los rebeldes, y despues de una corta escaramuza tomaron posesion de la altura. Aprovechóse luego de este triunfo para colocar en la cima una pequeña batería, con la cual, aunque la distancia era grande para hacer mucho daño, logró que penetrasen algunos tiros en el campo enemigo. Un tiro mató dos hombres, uno de ellos paje de Pizarro, matando al mismo tiempo el caballo que este tenía por la brida. Pizarro entonces mandó plegar las tiendas, considerando que presentaban un blanco demasiado marcado para la artillería enemiga (4).

Entre tanto las tropas del presidente habían bajado al valle, y así que llegaron al llano, sus oficiales las formaron en línea. El terreno que ocupaba el ejército real estaba un poco mas bajo que el del enemigo, cuyas baterías despedían de cuando en cuando algunos tiros que pasaban sobre las cabezas de las tropas realistas. Un desertor de los de Centeno informó al presidente que Pizarro se estaba preparando para dar un ataque por la noche. A consecuencia de esta noticia mandó Gasca que todas sus fuerzas se formasen en batalla y estuviesen dispuestas para rechazar toda tentativa del enemigo. Pero si el jefe insurgente meditó en efecto un ataque nocturno, es lo cierto que no lo llevó á cabo, y segun se dice abandonó este designio por desconfianza en sus tropas y por temor de que en la oscuridad se le pasaran á los contrarios. Si esto es verdad, debió conocer entonces, aunque tarde, cuán sano era el consejo que le había dado Carbajal. El desgraciado Pizarro se hallaba en la situacion de un arrogante y osado caballero que corriese al combate en un caballo de batalla, cuyas vacilantes piernas amenazaran doblarse á cada paso y dejar al ginete en manos de sus enemigos.

Las tropas del presidente permanecieron sobre las armas la mayor parte de la noche, aunque el aire de

(3) «Salí á Xaquixaguana con toda su gente y allí nos aguardó en un llano junto á un cerro alto por donde bajábamos; y cierto nuestro Señor le cegó el entendimiento, porque si nos aguardaran al pie de la bajada, hicieran mucho daño á nosotros. Retiráronse á un llano junto á una ciénaga, creyendo que nuestro campo allí les acometiera y con la ventaja que nos tenían del puesto nos vencieran.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Carta de Valdivia, MS.—Relacion del Lic. Gasca, MS.

(4) «Porque muchas pelotas dieron en medio de la gente, y una dellas mató junto á Gonzalo Pizarro vn criado suyo que se estava armando y mató otro hombre y vn cavallo, que puso grande alteracion en el campo, y abatieron todas las tiendas y toldos.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXXIX.—Carta de Valdivia, MS.—Relacion del Lic. Gasca, MS.